

ARTÍFICES No.12

15
HISTORIAS

Especial Boyacá

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES

Especial Boyacá

15

HISTORIAS

ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS DE BOYACÁ





BICENTENARIO DE LIBERTAD 2019

Artesanías de Colombia y la Gobernación de Boyacá para el año 2019 conmemoran el Bicentenario de la Independencia, hecho histórico y trascendental de nuestra emancipación con una mirada sobre las tradiciones artesanales de los oficios boyacenses.

La Gobernación de Boyacá quiso acercarse este año a miradas artísticas y sensibles para la construcción de memoria e identidad con base en una reflexión sobre la Independencia y la Libertad. Por esta razón, con Artesanías de Colombia S.A han sumado esfuerzos y propósitos comunes con base en el fortalecimiento del sector artesanal en Boyacá.

Esta alianza, El Festival Internacional de la Cultura (adscrito a la Secretaría de Cultura y Patrimonio de Boyacá la Secretaría de Cultura y Patrimonio de Boyacá) propuso a Artesanías de Colombia promover acciones concretas para crear condiciones a partir de la promoción, protección, fomento, revitalización del patrimonio cultural inmaterial asociado a los oficios artesanales mediante el reconocimiento, respeto y sensibilización a la comunidad boyacense.

En el Marco de esta alianza, Artesanías de Colombia ha querido recordar a los artesanos boyacenses que han compartido sus historias en esta revista a través esta edición especial que las compila, la REVISTA ARTÍFICES edición Boyacá. En ella logramos exaltar las narrativas propias de 15 artesanos del Departamento, haciendo un viaje generacional por la geografía cultural de esta hermosa tierra gracias al apoyo e interés del XLVII Festival Internacional De La Cultura De Boyacá.

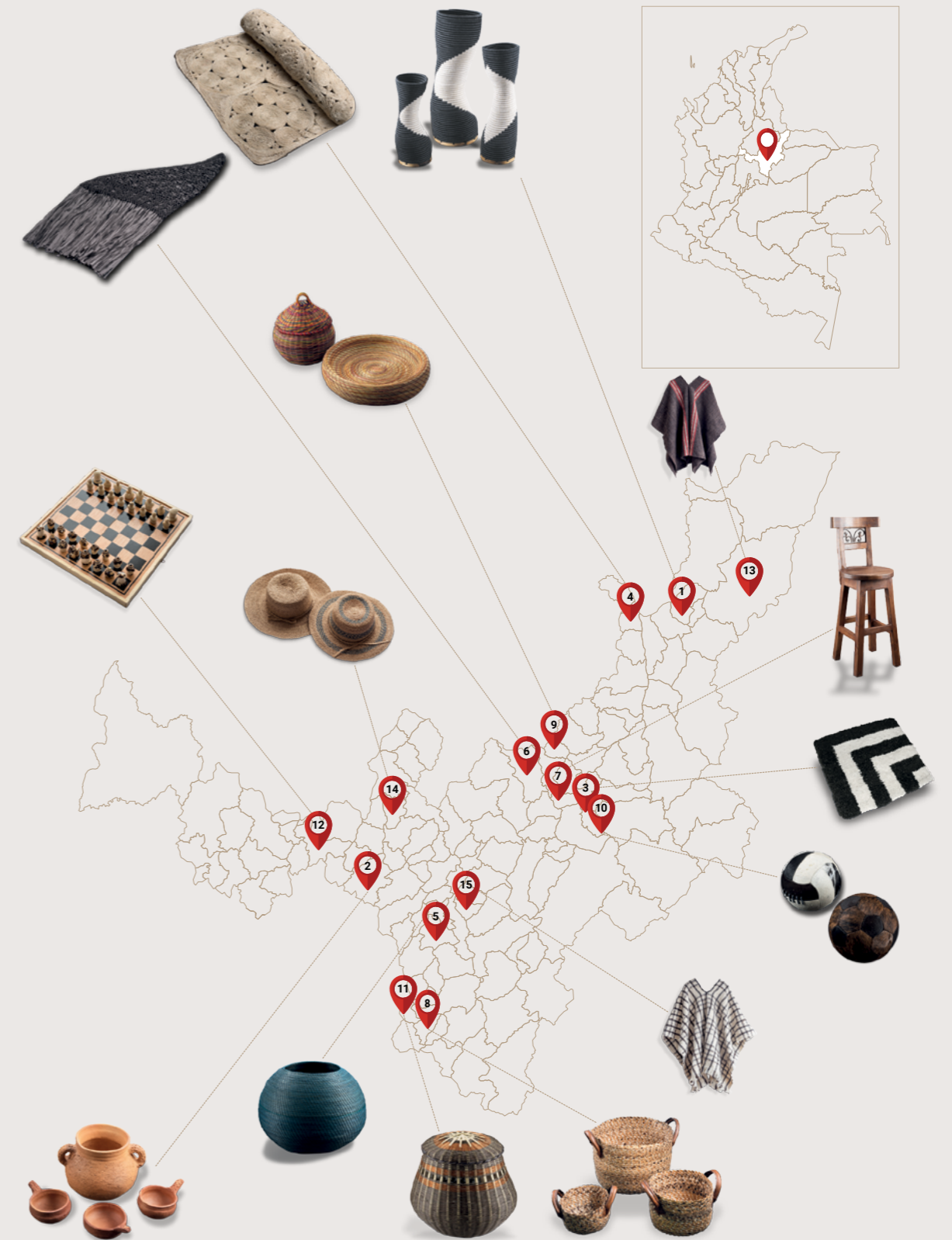
Estas miradas artesanales construyen un panorama de memoria e identidad para conmemorar una fecha histórica que nos recuerda la reflexión sobre la Independencia y más profundamente sobre la Libertad.

ARTESANIAS DE COLOMBIA

GOBERNACIÓN DE BOYACÁ

Mapa de Artesanías de Colombia

- | | | |
|-------------------------------|-----------------------|---------------------|
| 1. Elvira Gómez | Guacamayas / Boyacá | Jarrones |
| 2. María del Carmen Rozo | Ráquira / Boyacá | Cerámica |
| 3. Alba Cecilia Tapias | Monguí / Boyacá | Gualdrapas |
| 4. Amalia López Suárez | Tipacoque / Boyacá | Clineja de Fique |
| 5. Magdalena Aponte | Tibaná / Boyacá | Paja Blanca |
| 6. Nelly Flechas | Duitama / Boyacá | Macramé |
| 7. David Manosalba | Nobsa / Boyacá | Mueble Colonial |
| 8. Nohemí Sánchez | Somondoco / Boyacá | Calceta de Plátano |
| 9. Blanca Hernández | Cerniza / Boyacá | Certería en Esparto |
| 10. Edgar Ladino Sáenz | Monguí / Boyacá | Balón Monguí |
| 11. María Ilvanía Muñoz | Sutatenza / Boyacá | Cestería en Chin |
| 12. María del Carmen Martínez | Chiquinquirá / Boyacá | Talla de Tagua |
| 13. Eugenio Lizarazo | Guican / Boyacá | Ruana Tuneba |
| 14. Alba Beltrán | Gachantivá / Boyacá | Clineja Sombrero |
| 15. Héctor Miguel Hernández | Ciénaga / Boyacá | Ruana |



01. EL DESPERTAR DE UNA TRADICIÓN

Elvira Gómez creció viendo a su padre tejer alpargatas de fique para sus hijos, fruteros, cestas, canecas y bandejas para el hogar. Él le tejó la mochila en la que guardaba sus útiles escolares y otra más grande que Elvira utilizaba para llevar el trigo al molino y hacer el mercado. Desde pequeña lo observaba en silencio enrollar la paja para luego envolverla con hilos de fique en forma de espiral.

Sin embargo, nunca le pidió que le enseñara. Ni siquiera pensó que un día se dedicaría a un oficio que había sido una tradición en el municipio de Guacamayas, Boyacá, donde antiguamente los indios Laches y Tunebos elaboraban artesanías de paja y fique para ceremonias sagradas y la recolección de alimentos.

Hasta los 30 años Elvira trabajó preparando el almuerzo que diariamente les vendía a los obreros de la región, y ayudando a su marido en los cultivos de trigo, alverja y maíz. Su vida, que seguía milimétricamente una rutina, cambió a fines de los años 70. Elvira recuerda que en esa época empezaron a motivar a las artesanas de Guacamayas a retomar una tradición que parecía olvidada. Entendió que eso que hacía su padre tenía valor y que, además, podría convertirse en una importante fuente de ingresos. La primera vez que estuvo en contacto con el fique todo fluyó. Su memoria despertó y, al poco tiempo, estaba haciendo canastos, portacazuelas, individuales, bandejas y fruteros de llamativos colores. Hoy, Elvira es una de las 250 artesanas de Guacamayas que se dedica a la cestería de fique.

A los 72 años, teje entre dos y tres horas diarias. El cansancio en los ojos y el dolor de espalda que la aqueja le avisan cuando debe parar. Hace cinco años vivía en el campo y tejía oyendo el rugir del viento y el canto de los pájaros, pero ahora se trasladó a una casa en el centro de Guacamayas en donde vive sola desde que murió su marido. La acompañan dos arrosas de fique y un televisor en el que escucha novelas mientras teje sus productos. Las últimas semanas se ha dedicado a tejer unos discos de 40 centímetros de vuelo que se usan como centro de mesa o base para poner recipientes calientes.

Elvira se encargó de transmitirles su conocimiento a su hija y a sus cuatro nietos, y hoy vive feliz. Asegura que no hay mayor bendición que el gozo que le produce su trabajo.

LA PRIMERA VEZ QUE ESTUVO EN CONTACTO CON EL FIQUE TODO FLUYÓ. SU MEMORIA DESPERTÓ Y, AL POCO TIEMPO, ESTABA HACIENDO CANASTOS, PORTACAZUELAS, INDIVIDUALES, BANDEJAS Y FRUTEROS DE LLAMATIVOS COLORES. HOY, ELVIRA ES UNA DE LAS 250 ARTESANAS DE GUACAMAYAS QUE SE DEDICA A LA CESTERÍA DE FIQUE.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



02. EL PODER DE CREAR CON LAS MANOS

María del Carmen Rozo asegura que todas las mujeres de su familia han heredado el conocimiento de la cerámica hecha a mano. Al igual que sus tres hermanas, ella aprendió a los ocho años mientras observaba a su madre crear con las manos vasijas, múcuras y tinajas. Con el tiempo su madre empezó a entregarle bolitas de barro mojadas en agua para que, con sus pequeñas manos, comenzara a conocer y a dominar el material. Primero hizo alcancías, y luego vasijas y ollas pequeñas.

El proceso manual, en el que no se utilizan moldes ni tornos, permite conseguir piezas únicas creadas con la precisión de las manos de la artesana. El primer paso es conseguir el barro molido, el cual tiene un intenso color amarillo. Con la ayuda de su esposo lo pasa por una malla que permite remover piedras, mugre e impurezas. Cuando el barro está limpio lo mezcla con arena y lo resoba hasta tener una masa húmeda y uniforme con la que comienza a darle forma a vasijas, ollas, cazuelas, tinajas, pailas, platones y charoles. También fabrica gallinas que funcionan como recipientes para guardar los huevos y caballos, que se utilizan para la decoración y que, según cuenta María del Carmen, son el objeto más lujoso que elabora.

Cuando las piezas están listas las deja secar en la sombra, ya que el sol puede agrietarlas y partirlas. Después las lleva durante 24 horas al

horno de leña y las deja enfriar durante un día. El resultado son piezas de cerámica de tonos colorados ideales para cocinar, ya que resisten muy bien el calor y mantienen la frescura y el sabor de cada alimento. Cada tres meses realiza entre 80 y 100 piezas que se venden en Ráquira, Boyacá, donde tiene su casa taller. Allí la visitan constantemente estudiantes de colegios del departamento y de universidades de Bogotá que quieren observar y aprender el proceso. Algunos,

incluso, aprenden a hacer vasijas en un solo día de entrenamiento.

Como es costumbre en su familia, su hija aprendió el oficio desde pequeña y está dispuesta a continuar con una tradición que, debido a la tecnología y al uso de moldes y tornos, está desapareciendo. A los 76 años, María del Carmen confía en que el conocimiento que ha transmitido no se pierda y que muchas artesanas jóvenes se enamoren de la cerámica creada con el poder de unas manos.

EL PROCESO MANUAL, EN EL QUE NO SE UTILIZAN MOLDES NI TORNOS, PERMITE CONSEGUIR PIEZAS ÚNICAS CREADAS CON LA PRECISIÓN DE LAS MANOS DE LA ARTESANA.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



03. LAS GUALDRAPAS: DISTINCIÓN ANCESTRAL

Cuando **Alba Cecilia Tapias** cumplió 20 años comenzaron a realizarse diferentes talleres de técnicas artesanales en Monguquí, Boyacá. Gracias a la iniciativa de un sacerdote se abrieron capacitaciones en talla en piedra, elaboración de productos de madera, talabartería, forja y tejeduría. Alba Cecilia, que hasta ese momento había trabajado en una oficina, se unió al grupo que se había formado en tejeduría. Con ellos creó una cooperativa en 1986 con el objetivo de perfeccionar la técnica del tejido en telar vertical con lana y algodón. Quería dedicarse a un trabajo que, además de apasionarla, le permitiera generar sus propios recursos.

A inicios de los años 90 la cooperativa se transformó en Artelario, una asociación que agrupó durante diez años a 18 artesanos de Boyacá. En Artelario profesionalizaron el oficio, aprendieron a tejer en telar horizontal, comenzaron a visitar diferentes ferias artesanales y a darse a conocer por el tejido de un artículo que, hoy en día, muy pocos hacen: la tradicional gualdrapa, una cobertura que desde el siglo XII se utiliza como adorno sobre las ancas del caballo. Las gualdrapas miden 50x50 o 70x70 centímetros y se tejen con lana y algodón. Además de proteger y dar distinción al caballo, afianzan el estatus de quien lo monta.

Debido a la falta de liderazgo Artelario se disolvió, pero Alba Cecilia continuó trabajando desde su casa con la ayuda de su hermana Rosa. Ellas mismas se encargan de lavar la lana que les llevan, de escarmenarla, de hilarla y de tinturarla antes de unirla con el algodón y pasarla al telar

vertical, en el que, además de gualdrapas, tejen tapices, tapetes de diferentes tamaños, cobijas, ruanas, mantas y bolsos con diseños precolombinos y geométricos. En su tiempo libre se dedica a investigar sobre tejeduría y tintorería tradicional. Estudiando ha aprendido cómo fermentar el cedro para conseguir el color negro, cómo utilizar el eucalipto para lograr tonos grises, cafés y amarillos, cómo sacar una gama de azules utilizando la planta del añil y qué semillas emplear para conseguir colores rojos y rosas.

A los 58 años, Alba Cecilia ha logrado consolidar su trabajo. Mensualmente envía pedidos a Bogotá, Medellín y diferentes municipios de Boyacá. Además, con el lema aprendiendo y transmitiendo, ha capacitado a decenas de artesanas independientes de la región.

EN ARTELARIO PROFESIONALIZARON EL OFICIO, APRENDIERON A TEJER EN TELAR HORIZONTAL, COMENZARON A VISITAR DIFERENTES FERIAS ARTESANALES Y A DARSE A CONOCER POR EL TEJIDO DE UN ARTÍCULO QUE, HOY EN DÍA, MUY POCOS HACEN.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención, pero si al oficio referido en la historia.

04. ESA CLINEJA DE FIQUE

Amalia López dice que el primer recuerdo de su infancia es el fique. Al igual que a sus ocho hermanos, le enseñaron a manejar la fibra desde que era una niña. A ella y a sus hermanos menores les ponían de tarea entregar un kilo de clineja de fique diario, mientras los mayores debían entregar dos. Con las clinejas o trenzas de fique su madre se sentaba al amanecer a tejer suelas para zapatos que le vendía a un empresario en Bogotá. Cada ocho días su padre llegaba con una arroba de fique que conseguía en el municipio de Covarachía, Boyacá, y la rutina se repetía.

Cuando Amalia cumplió doce años llegó a la vereda de El Palmar, en el municipio de Tipacoque, el artesano bogotano Ignacio Parra. Él la capacitó a ella y a otro grupo de artesanas en la tejeduría de alfombras, tapetes e individuales de fique. También les enseñó a utilizar anilinas para tinturar la fibra y crear coloridos diseños. En ese momento su madre dejó de elaborar las suelas y empezó a encargarse de hacer las clinejas para que Amalia se dedicara al tejido. Tiempo después, gracias a una capacitación de Artesanías de Colombia, aprendió a hacer tapetes de varios colores que le dieron fama en la región y que hoy vende por encargo.

A los 72 años, no se ha alejado un solo día del oficio. Dice que lo más dispendioso del proceso es conseguir buen fique. Para que la fibra absorba los colores necesita un fique blanco y limpio que, generalmente, es el que llega desde Curití, Santander. Cuando lo consigue lo tintura con anilinas verdes, rojas, amarillas o azules. Luego deja secar la fibra y, cuando está lista, la corta y la arregla para resaltar el color y mejorar la calidad del tejido. Finalmente comienza el largo proceso de tejer con aguja y cabuya. Para hacer un tapete necesita una semana entera de trabajo.



Amalia teje sola, con la compañía de un radio que le anuncia la hora. De esa manera sabe cuándo tiene que descansar y comer o cuándo ha llegado el momento de dormir. Tiene cuatro hijos, pero ninguno se ha interesado por continuar con el oficio. Sin embargo, ella sostiene que seguirá tejiendo tapetes e individuales hasta que pueda. Lo ha hecho desde niña y no se imagina cómo sería su rutina sin un oficio que se ha convertido en su vida.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero sí al oficio referido en la historia.



05. TEJIDO GENERACIONAL



Magdalena Aponte heredó una tradición que ha acompañado a su familia por más de cien años. Desde muy niña su mamá le enseñó el oficio de la cestería en fique, le mostró cómo trabajar la lana y la instruyó en el tejido en dos agujas y en croché. Con el tiempo dominó la cestería en chusque, en cañuela y en guadua, pero una de las prácticas que más la conectó con el oficio fue la labor diaria de dejar iniciados una docena de canastos antes de salir a la escuela. Gracias a su trabajo, su mamá podía terminarlos a tiempo y venderlos en el mercado de Tibaná, Boyacá.

A los 20 años dejó su casa para dedicarse al estudio, pero cuando se enteró de que estaba embarazada decidió centrar toda su energía en la cestería. Durante ocho años trabajó como madre comunitaria y en 1996 se presentó al Instituto de Bellas Artes de Boyacá, donde la apoyaron llevándola a diferentes ferias artesanales en las que mostró las paneras, canastos, papeleras y jarrones que hacía en cestería de gaita y chusque (una especie de caña).

En esa época se integró a la Asociación de Canasteras de Tibaná. Magdalena cuenta que cuando se acabó el chusque, la fibra que más utilizaban para los productos, comenzaron a trabajar con el tejido en rollo de paja blanca que, hasta ese momento, únicamente se empleaba en la región para el tejido de un pesado sombrero. La paja es de páramo y, aunque tienen la autorización del municipio para extraerla, se han dado a la tarea de enseñarles a los dueños de las fincas cómo hacerlo.

Para trabajar la paja se necesitan 14 procesos diferentes. La fibra debe extraerse hilo por hilo, lavarse con agua y jabón, y ponerse a hervir para quitar impurezas. Luego comienza el proceso de tinte, que realizan con químicos y con plantas naturales que han estado estudiando durante diez años. Después hay que dejar enfriar la fibra, lavarla y secarla para, finalmente, comenzar a tejer a mano diferentes productos como individuales, jarrones y sombreros.

En 2003, junto con otras nueve artesanas, formó la Asociación de Artesanas de la Paja Blanca y el Fique de Tibaná. Dependiendo del número de pedidos se dividen el trabajo, que cada una realiza desde su casa. Magdalena domina 50 técnicas de tejido, fue maestra del Sena, ha capacitado a más de 500 artesanas de Boyacá y en 2013 recibió la Medalla de la Maestría Tradicional. A los 67 años, se siente orgullosa de comercializar sus productos en Estados Unidos y en varios países de Europa. Gracias a su trabajo y empeño, ha logrado rescatar las tradiciones culturales del departamento.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención, pero si al oficio referido en la historia.

06. TEJIENDO SUEÑOS

Nelly Flechas heredó la sabiduría del tejido de su madre, quien llegó a Duitama hace 61 años para formar un hogar. En esos tiempos su madre tejía por placer, para honrar un legado que había recibido de las mujeres de su familia. Pero cuando enviudó repentinamente a los 36 años, entendió que solo podría darles un futuro a sus cinco hijos poniendo en práctica su saber.

Nelly aprendió a los 15 años el croché, el macramé y el tejido en dos agujas. Estudió contaduría pública en la Universidad Santo Tomás y en 1972, junto con su madre, creó el taller Tejidos Boyacá, que hoy cuenta con cuatro artesanas de tiempo completo y la ayuda de 72 familias que se benefician de la práctica del oficio. Con materiales como la lana, el hilo, el cuero, el acetato y diferentes tipos de telas hacen vestidos, faldas, pantalones, chalecos, chales y pañolones.

El macramé es su especialidad y la razón por la que se han hecho tan populares sus productos. La técnica se la han enseñado a decenas de mujeres con la única condición de que después transmitan el conocimiento. Han dictado cursos en cárceles, juntas de acción comunal y barrios del municipio, de los cuales han salido tejedoras que se han especializado en faldas, chalecos y paños. Además, aprendió a trabajar con la gamuza de becerro, con la que hace ruanas y chales de diferentes diseños y colores.

A los 59 años, dice que le gusta innovar y hacer prendas únicas. A Nelly nada le queda grande. Cuando Gabriel García Márquez ganó el Nobel tejió las bufandas, gorros y guantes que llevó la delegación colombiana a Estocolmo. Fue ella quien se encargó de hacer los manteles de macramé para el matrimonio del exministro Andrés Felipe Arias y de vestir, junto con el diseñador Diego Guarnizo, a las 26 candidatas a señorita Colombia durante una fiesta en el Club Naval en 2012. Con sus diseños ha visitado ferias en Estados Unidos, México, Ecuador y Argentina, y cuando puede viaja a Europa para traer nuevos materiales que le permitan mantenerse a la vanguardia.

Tiene un punto de venta en el pueblito boyacense de Duitama, patrimonio cultural del municipio, y sueña con abrir un nuevo local el próximo año en Bogotá. También está concentrada en uno de sus proyectos más ambiciosos: la creación de una escuela de artes y oficios en el municipio. Ya tiene la casa, que consiguió gracias a un préstamo, y espera hallar pronto cofinanciación para arrancar clases en febrero. Su sueño es incluir a la población más vulnerable en el oficio y transmitir el conocimiento del tejido a las generaciones venideras.



EL MACRAMÉ ES SU ESPECIALIDAD Y LA RAZÓN POR LA QUE SE HAN HECHO TAN POPULARES SUS PRODUCTOS. LA TÉCNICA SE LA HAN ENSEÑADO A DECENAS DE MUJERES CON LA ÚNICA CONDICIÓN DE QUE DESPUÉS TRANSMITAN EL CONOCIMIENTO.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

07. LOS MUEBLES COLONIALES DE NOBSA

David Manosalba tenía 16 años cuando conoció a Diana Pérez, hija de los dueños de la empresa Punta larga, dedicada desde 1974 a la fabricación de muebles coloniales. Gracias a Diana, quien hoy es su esposa, se enamoró de una práctica que desde 1960 le ha dado fama a la vereda Punta Larga, en Nobsa, Boyacá. Juntos comenzaron a conocer a profundidad el negocio y a participar en diferentes ferias artesanales en el país, incluso visitaron la feria artesanal de Milán, en Italia, una de las más grandes del mundo. Con tan solo 17 años Diana y David crearon Rústicos de la Cabaña, una empresa que hoy cuenta con doce empleados y que se ha encargado de mantener la tradición del mueble colonial en el municipio.

La pareja se encarga de los diseños, los cuales buscan innovar respetando la tradición. Con maderas como el amarillo, el pino ciprés y el pino patula, que se dejan secar al natural, los artesanos de la empresa realizan el proceso de corte, ensamblaje y maquinación de muebles de sala, mesas auxiliares, mesas de noche, comedores, camas, baúles, tocadores, mecedoras, sillas, armarios, escritorios, percheros y servilleteros. Cada mueble, inspirado en los modelos coloniales españoles, tiene un proceso de talla, calado y herraje.

La talla sobre madera, en la que antiguamente se tallaban dragones, cisnes, tigres y delfines, hoy presenta motivos de rosas, flores y hojas. El calado que, según David, es la especialidad de la empresa, se distingue por su textura lisa y simétrica en la decoración de las piezas. Para los herrajes de las puertas y cajones continúan trabajando con modelos de cerrojos antiguos. A los 29 años, David confía en la posibilidad de seguir consolidando la práctica en la región. Para él, fabricar muebles coloniales es un oficio que exige pasión y compromiso. Por eso mismo hizo parte de la creación de Madartet, una asociación de 25 artesanos que busca legalizar la madera, generar ruedas de negocio y obtener una mayor participación en ferias.

Rústicos de la Cabaña envía mensualmente pedidos a dos almacenes de Medellín, a uno en Bogotá y a uno en Bucaramanga, pero el propósito es reactivar las exportaciones durante los próximos dos años. En el pasado sus suegros lograron despachar muebles a España e Israel, por lo que volver a enviar productos al exterior es un paso fundamental para la empresa. También lo será para la vereda, que ha sabido mantenerse en pie en tiempos en los que la industrialización y los muebles tamboreados parecen acaparar todo el mercado.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



08. LA IDENTIDAD DE SOMONDOCO

Nohemí Sánchez siempre creyó que lo suyo eran los sistemas, pero hace 22 años unos talleres que organizó la gobernación de Boyacá la hicieron cambiar de idea. En ese tiempo se dictaron cursos de panadería, modistería, creación de muñecos de peluche y cestería en calceta de plátano. Como no existía una artesanía que representara la identidad del municipio de Somondoco, Nohemí decidió explorar la cestería y abrirse a un nuevo conocimiento que, según intuyó, podría servirle a ella y a su pueblo. La capacitación fue básica, pero bastó para que Nohemí y otras nueve mujeres se entusiasmaran por el oficio.

Decidieron perfeccionar la técnica, el corte y el tejido, tomar talleres sobre diseño y formar una empresa asociativa artesanal que llamaron La esperanza. De las diez artesanas que comenzaron hoy quedan siete y, hace poco, se les sumó un zootecnista que las ayuda con las labores más pesadas, como la recolección de la materia prima y la entrega de mercancía. Con la ayuda del municipio montaron un punto de venta y un taller en donde se reúnen a tejer de lunes a sábado. Con la fibra que sacan de las hojas secas del plátano hacen canastos, bolsos, correas, billeteras, carpetas, individuales, baúles, sombreros y contenedores que envían a Pereira, Barranquilla y Bogotá, y que algún día esperan exportar a Estados Unidos y Europa.

Nohemí fue concejal de Somondoco durante el periodo 2007-2011. Se lanzó a la política porque quería servir a la comunidad e institucionalizar las capacitaciones en cestería y tejeduría que tanto les han servido a las mujeres del municipio. Aunque asegura que no volvería a incursionar en la política y que lo suyo son las artesanías, gracias a su gestión el conocimiento de la cestería en calceta de plátano

se ha llevado a otras regiones de Colombia como Yopal y San José del Guaviare, donde decenas de mujeres se han beneficiado con el oficio.

A los 47 años, Nohemí asegura que lo mejor de su trabajo es la posibilidad de enseñarles a las mujeres todo lo que se puede hacer con el poder de las manos. Su próximo proyecto es la creación de una página web en la que la gente de todo el país pueda conocer sus productos. La idea es eliminar los intermediarios y facilitar la venta directa con el artesano. Para ella, es un paso más en la consolidación del trabajo de tantas mujeres. Una vía para darle a la cestería el valor que se merece.



NOHEMÍ SE LANZÓ A LA POLÍTICA PORQUE QUERÍA SERVIR A LA COMUNIDAD E INSTITUCIONALIZAR LAS CAPACITACIONES EN CESTERÍA Y TEJEDURÍA QUE TANTO LES HAN SERVIDO A LAS MUJERES DEL MUNICIPIO.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

09. SUBIENDO ESCALONES

Para **Blanca Hernández** un buen artesano debe adquirir el conocimiento paso a paso. Su abuela se dedicó a la cestería y le heredó a su madre la sabiduría del oficio. Cuando Blanca cumplió cinco años, su madre inició el largo proceso de transmitirle lo que sabía. Empezó haciendo asientos, que son la base de los cestos, y así supo cómo pegar, anudar y dividir las hebras. Luego aprendió el proceso de extracción de la fibra de esparto, que se consigue en los páramos de Toquilla, Palermo y Güina, en Boyacá. Observó cómo se cocina la fibra durante cuatro horas para acelerar el proceso de blanqueamiento y se extiende al sol por quince días hasta que esté seca.

Elaborando asientos supo cómo tramar un producto con dos y tres hebras, y haciendo cazuelas cómo se debe amarrar la fibra para que el producto sea resistente. Después pasó a hacer canastos en los que debía poner a prueba el conocimiento del uso del color. Cuando dominó las diferentes gamas, pasó a la realización de productos como bandejas, contenedores y paneras que le exigían dominar formas ovaladas, rectangulares y cuadradas.

Según Blanca, la maestría llegó el día en que se lanzó a crear diseños exclusivos y a mezclar el esparto con materiales como el cobre, el estaño, el fique y la fibra de la palma de iraca. Muchos estudiantes de diseño de la Universidad Pedagógica Tecnológica de Tunja la han buscado para trabajar con ella diseños de muebles y bandejas de madera y esparto.

A los 40 años, Blanca quiere tejer todos los productos que las manos le permitan. Con tristeza dice que el continuo movimiento de los dedos y la fuerza que debe ejercer al unir las hebras le generaron un desgaste en las articulaciones que, dentro de un tiempo, la alejará de la artesanía. Por eso se ha dedicado a buscar otras alternativas de vida. Las mañanas las dedica al hogar y las tardes al estudio de administración de empresas farmacéuticas en

la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, donde cursa tercer semestre.

Sin embargo, Blanca aún no abandona la cestería. Todos los días se encierra en el taller que tiene en su casa, en el municipio de Cerinza, Boyacá, y teje de seis de la tarde a once de la noche. Para continuar con la tradición les transmitió a sus dos hijas el conocimiento. Ellas la ayudan a tejer y a enviar mensualmente los pedidos que le hacen de Cali, Medellín, Pereira y Manizales. Con fe espera que las manos resistan y los dedos se muevan lo suficiente para seguir honrando el saber que recibió de su madre.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención, pero sí al oficio referido en la historia.

10. LA TIERRA DEL BALÓN

Balones de diversos colores y tamaños cuelgan de las ventanas y los balcones de las casas de Monguí. En uno de los diecisiete pueblos patrimonio de Colombia ha crecido una industria de fabricación de pelotas de fútbol y microfútbol de la que viven cientos de artesanos desde mediados de los años treinta. En el pueblo, en cuya plaza de carácter colonial sobresale una escultura de dos manos sujetando una pelota y una obra de Napo Arguello llamada *Cosedora de Balones*, hay veinte empresas dedicadas a la elaboración de esferas. También hay un Museo del Balón, creado por **Edgar Ladino Sáenz**, para mantener viva una historia que ha marcado a los artesanos de Monguí y honrar la memoria de su tío abuelo, Froilán Ladino, quien fomentó la técnica de los balones cosidos a mano en el pueblo boyacense.

Todo comenzó en 1932, cuando Froilán, un aprendiz de talabartero, fue reclutado para prestar servicio militar en la guerra contra Perú. Con el ejército colombiano estuvo Manaos, en la frontera con Brasil, donde conoció a otros talabarteros expertos en la fabricación de balones de cuero. Cuando terminó el servicio militar en 1934 regresó a Monguí con una maleta llena de cascos de cuero, una muestra de la vejiga de cerdo que usaban para hacer los balones brasileños y la firme idea de enseñar la técnica y fomentar el oficio.

Con el apoyo de su hermano, Manuel Ladino, se dio a la tarea de curtir el cuero vacuno creando su propia curtiembre, conseguir vejigas de cerdo para inflar el balón y elaborar las herramientas necesarias para desarrollar el oficio: tablas para coser, moldes de aluminio para encocar el balón y darle la redondez, y plantillas para marcar y cortar con cuchillo cada uno de los gajos. Cuando dominó los secretos de la elaboración del balón les enseñó a un

grupo de doce campesinos, quienes luego fueron conocidos como los doce apóstoles, a coser los cascos de cuero y a fabricar las maniguetas para poder tensar el hilo sin dañarse las manos. Les entregó agujas, leznas, cáñamo y cera de abejas para impedir que el hilo se resbalara.

Los doce apóstoles se encargaron de propagar el conocimiento y el amor por el oficio a decenas de campesinos de la zona, quienes vieron en la elaboración de los balones una nueva manera de generar recursos, y un oficio entretenido que podían combinar con la agricultura y la ganadería. En los ratos de labranza o mientras el ganado pasteaba fueron aprendiendo el arte de hacer balones. Una vez a la semana los campesinos caminaban durante dos horas hasta llegar al pueblo con un costal repleto de balones recién cosidos. Allí recibían el pago y un nuevo encargo. Gracias al oficio, cientos de monguiseños pudieron pagar la educación de sus hijos o costearse un estudio.

Durante los años cuarenta, Manufacturas Ladino, la empresa de Froilán y Manuel, les dio empleo directo a ochenta personas, quienes se encargaban de marcar, cortar el cuero, planchar el balón, limpiarlo, lacarlo y darle el terminado natural. Otras 350 familias se dedicaban a coser con hilo de nylon y cera de abejas cerca de 3.500 balones que despachaban cada semana. Además, tenían vendedores por todo el país.

La empresa estaba en pleno crecimiento cuando se desató la violencia entre liberales y conservadores. Monguí era conservador. Y como Froilán era un liberal de pura cepa, tuvo que huir a Duitama. Posteriormente se radicó en Bogotá, donde recibía los balones que se cosían en Monguí para encocarlos y luego comercializarlos en diferentes ciudades del país. La producción llegó a su punto culmine en los años setenta y ochenta, una época en la que los balones Ladino cubrían todo el territorio colombiano.

En el año 2000 el auge en la producción de productos chinos (los cuales llegan a mitad de precio) generó un dramático descenso en la industria. En 2006 el balón del Mundial de Fútbol se vulcanizó (usó materia prima sintética y un proceso industrial) por primera vez en la historia, lo que ocasionó que las ventas del balón cosido a mano disminuyeran

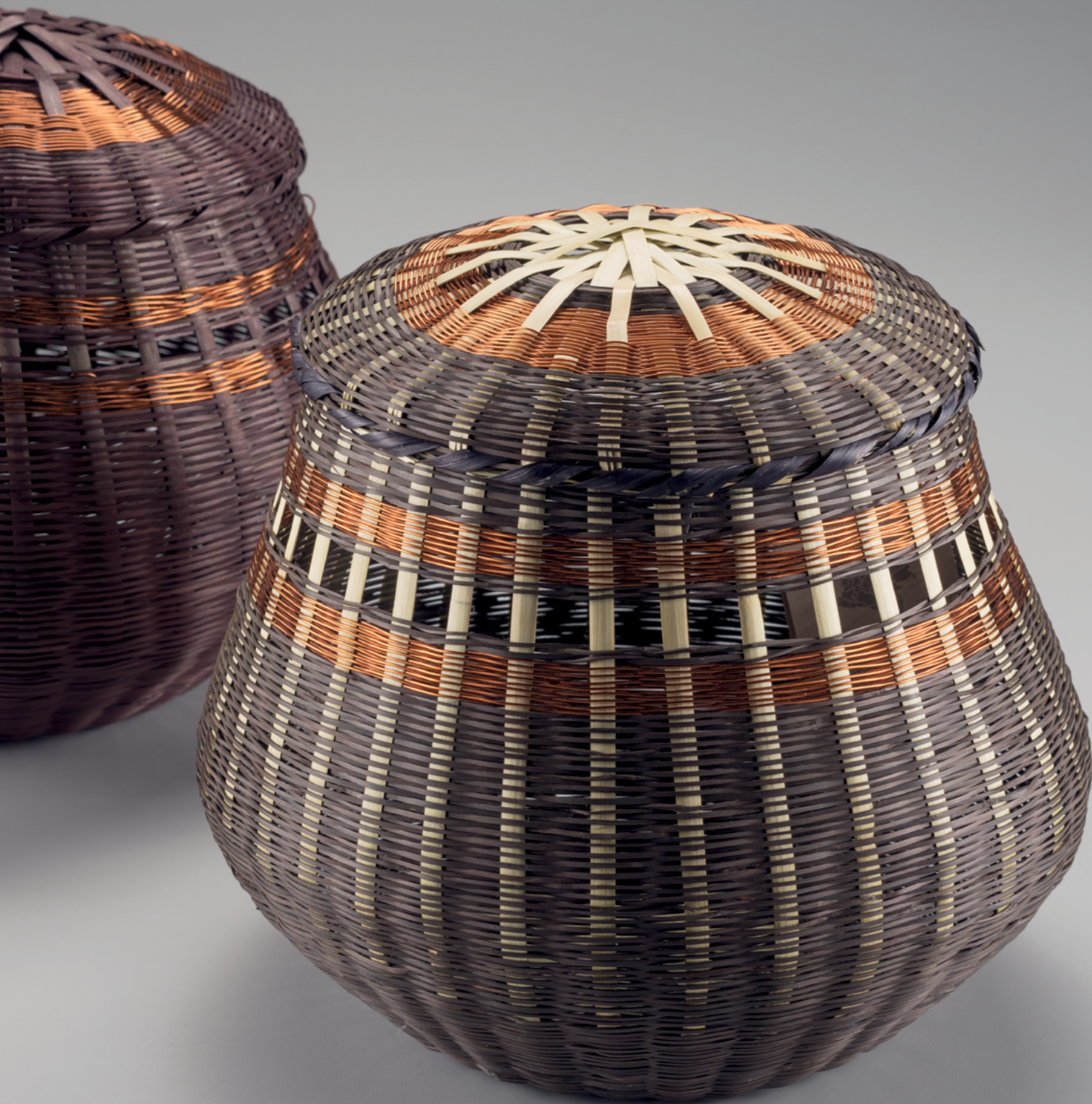
dramáticamente. De las 350 familias que se dedicaron al oficio, hoy solo quedan veinte que manufacturan cerca de medio millón de balones al año, ya que mientras manualmente se cosen entre tres y cinco balones diarios, con la técnica de vulcanizado se pueden hacer entre cincuenta y ochenta.

Competir es muy difícil y el panorama no promete un cambio que sea beneficioso para la artesanía del balón. Sin embargo, Edgar Ladino está dispuesto a mantener la tradición. En 2010 creó su propia fábrica, Redonda, en donde elaboran más de doce referencias de balones. También abrió el Museo del Balón en el segundo piso de una casona ubicada junto a la plaza principal de Monguí con el objetivo de exhibir las herramientas utilizadas en los años cuarenta y cincuenta, así como la evolución del balón en los mundiales de fútbol desde 1930. Además se pueden ver máquinas, fotos y balones antiguos.

Edgar está convencido de que es clave conocer la tradición para mejorar la presentación, calidad y comercialización de los balones. En Artesanías de Colombia ha recibido asesorías en diseño de marca, diseño de empaque y mejoramiento del producto. En un futuro quiere crear una página web que le permita fomentar las ventas de los balones y empezar a utilizar materiales más durables. Su sueño es mantener una práctica que ha marcado el carácter de Monguí y preservar ese halo romántico que aun envuelve a los balones cosidos, puntada a puntada, con alma campesina.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



11. CESTERÍA DE CHIN: LA FUERZA DE UN LINAJE

La cestería ha estado presente en la familia de **María Ilvania Muñoz** desde tiempos remotos. En su linaje materno y paterno todos, desde sus tatarabuelos, se han dedicado y han vivido de uno de los oficios más antiguos de la humanidad. María Ilvania lo escogió por tradición y por amor. A los seis años comenzó a hacer sus primeros canastos, y luego, con el chin y la calceta de plátano que les sobraba a los mayores, tejía soles y canastos de diferentes tamaños.

Después aprendió a manejar el cuchillo para sacar la fibra, la segueta y el metro. Estudió hasta quinto de primaria y luego se dedicó a ayudar en las labores de la casa, a cultivar y a cuidar a los animales. En sus ratos libres se entregaba a lo que más le gustaba: tejer a mano canastos de chin, esa varita de caña de castilla que antes se usaba para hacer cielorrasos, corrales de gallinas y jaulas para pájaros.

María Ilvania explica que el chin debe estar maduro para poder cortarlo a ras de suelo. Con un cuchillo se descartan las hojas y se saca la fibra, la cual sale en tiras de diferentes grosores que se utilizan dependiendo el canasto que se vaya a elaborar. Con una piedra lisa se machaca la fibra para eliminar las asperezas y comenzar a tejer a mano canastos tradicionales (grandes, medianos y pequeños) que se usan para el mercado, para llevar el almuerzo, para cargar los huevos y el pan o guardar la ropa.

La vida de María Ilvania se transformó cuando se fundó la Asociación Arte y Cultura de Sutatenza en 2005, compuesta por dieciséis mujeres y cuatro hombres, para ayudar a las madres cabeza de familia a través de la cestería. Ella, que trabajaba sola en su casa, empezó a reunirse cada dos meses para tejer en grupo, compartir su conocimiento y recibir capacitaciones sobre innovación y diseño. Ahora hacen canastos de chin con fique y cuero, paneras, individuales, bandejas y centros de mesa.

A los setenta años, María Ilvania asegura que los gustos han cambiado y que tienen que estar al día con las nuevas tendencias. Aunque siguen conservando la tradición, quieren aprender nuevas técnicas y están dispuestas a apostarle a diseños más modernos que les permitan vender sus productos. Es la única vía posible para fortalecer la asociación y darles empleo a más artesanas.

Para María Ilvania la unión hace la fuerza. La vida le dio la razón en 2016, cuando ganaron la Medalla a la Maestría Artesanal de Comunidad. La asociación no ha crecido, pero ha sabido mantenerse y llamar la atención de jóvenes artesanas que han encontrado en la cestería un camino de vida. Este año recibieron un pedido inmenso de la gobernación de Boyacá. Para apoyar la campaña "Más canastos y menos bolsas" tuvieron que tejer 1640 canastos con los que pretenden ayudar al medio ambiente y poner la mirada del país sobre la belleza y utilidad de este saber ancestral.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



12. LA TAGUA Y EL JEDREZ

Gracias a sus hermanos mayores **María del Carmen Martínez** conoció la tagua, una semilla obtenida de la palma de marfil que llegaba desde el Magdalena Medio y el Chocó hasta su casa en Chiquinquirá.

Desde chiquita aprendió a lijar, a pulir y a pegar objetos religiosos que sus hermanos hacían con la semilla, como capillas y camarines de la virgen. A los quince años se casó y, para sacar adelante su hogar, decidió aprender más de un oficio que la atraía por su delicadeza. Su hermano mayor le enseñó a manejar el torno y el formol, le dio la materia prima, le dijo cómo perfeccionar las figuras y la ayudó a montar su propio taller, que bautizó *Tagual marfil vegetal*.

María del Carmen continuó haciendo piezas religiosas y luego lanzó una línea de llaveros de distintos animales. También comenzó a crear llamativos pesebres de tagua, candelabros, juegos de baño, que llevan un pequeño platero y una jarra, y juegos de té, compuestos por una cafetera, una jarra, una azucarera, dos tazas y dos platos. Pero fue el ajedrez de tagua, un juego que conoce a cabalidad, el que se convirtió en su pieza más popular. Observando los ajedreces de madera que llegaban al pueblo de Bogotá, se animó a hacer su propia versión. Sus ajedreces

gustaron tanto que ya cuenta con veinte diseños de tamaños diferentes.

A María del Carmen le gusta ser pulida en su trabajo, por eso cada pieza la hace con tiempo y dedicación. La semilla de tagua ahora se consigue en Boyacá. Los bultos se los compra a distintos distribuidores del campo que se la entregan pelada, evitándole pasar horas quitando las cáscaras con un machete. Con la ayuda de su esposo, se encarga de seleccionar las pepas y separar las más alargadas, ideales para los juegos de té y las figuras del rey y la reina, de las más gruesas, que utiliza para los camarines de la virgen.

Luego pasa al torno y le va dando forma a las piezas. Si es un llavero tiene que hacer primero el cuerpo del animal, luego las patas, las orejas y la cabeza para después armar toda la figura con pegante. Cuando el objeto está seco, se dibujan los ojos y las facciones, y se pinta con anilinas naturales. Después se aplica una resina y se deja secar de nuevo durante una noche y un día. Así finaliza un proceso que conoce de memoria.

A los 76 años, María del Carmen continúa trabajando todos los días. Desde las nueve de la mañana hasta el mediodía se consagra al torno y en la tarde le dedica dos horas a armar las figuras. Si le va bien, puede hacer hasta cien llaveros en un día. Sus cinco hijos (cuatro hombres y una mujer) aprendieron el oficio y decidieron llevarlo a otro nivel creando un taller donde mezclan la tagua con el metal en diferentes piezas de bisutería. María del Carmen asegura que, gracias a la innovación y el conocimiento profundo de la semilla, el trabajo con la tagua permanecerá vivo en su familia durante varias generaciones.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

13.

EL ENCANTO DE LA RUANA TUNEBA

Eugenio Lizarazo empezó a mover el telar a los doce años. Se dejó llevar por su instinto y la certeza que le daban los años que pasó observando a sus seis hermanos mayores tejer ruanas y cobijas en pequeños telares horizontales de un metro de ancho. Además, había visto a su madre hilar lana con la destreza de una experta. A los catorce tejó su primera ruana y dejó que su mamá lo instruyera en el arte de los terminados y el tejido de cobijas, sacos, gorros y bufandas.

Aunque parecía que lo suyo era el tejido, a los dieciocho años decidió dejar Güicán, un pueblo de Boyacá muy cerca del Parque Nacional Natural El Cocuy, y buscar fortuna en Bogotá. Quería desafiar al destino y saber si la vida le tenía preparado otro camino. Durante siete años dejó la lana para dedicarse a la construcción y el trabajo con el hierro, hasta que se dio cuenta de que la capital no tenía nada para ofrecerle y que la vida que soñaba estaba muy lejos de ahí. La mejor alternativa era retomar sus raíces. Volvió a Güicán, compró un telar de dos metros de ancho con el que montó su propio taller y fundó su empresa *Artesanías sed de la tierra*.

Desde entonces trabaja con su esposa, experta en el tejido en telar vertical en el que hacen chales, chalines, ruanas y bufandas. Para los terminados de guantes y gorros, y el oficio de hilar la lana, contrata a varios artesanos del municipio que trabajan por encargo. Su empresa se ha caracterizado por utilizar únicamente lana de oveja, que consigue en varias fincas de Boyacá. Eugenio la compra en rama y se la entrega a los encargados de hilarla, luego, junto a su esposa,

se encargan de lavarla tres veces (dos con agua fría y una con agua tibia) hasta que la lana quede brillante y manejable. Después la dejan secar durante dos días y comienzan el proceso de tejido de diferentes prendas.

Pero sin duda, una de las piezas que más le ha dado fama es la tradicional ruana tuneba, usada antiguamente por los indios. La ruana, con dos o tres rayas rojas alrededor, se tejía con agujas de hueso que volteaban las hebras para adentro, haciendo que el tejido no quedara fileteado sino dentro de la prenda. Eugenio comenzó a tejerla en 1990 para cultivar la tradición y darles gusto a clientes exigentes que buscaban tejidos rústicos cargados de historia. Cada ruana se teje durante siete horas y se hace con terminados rústicos o pulidos y el número de rayas que quiera el comprador. Su popularidad creció tanto que en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Invierno de 2018 la delegación colombiana desfiló exhibiendo sus prendas.

Además, ofrece ruanas de diferentes colores que pinta con extractos naturales de las plantas, otro saber que heredó de su madre. Con cedro, amarillo y dividivi consigue diversos tonos de rojo, verde, amarillo, beige y naranja. Las plantas se ponen a hervir con sal, limón y alumbre, y después de dos o cuatro horas sueltan el color.

A los 69 años, Eugenio espera que alguno de sus nietos quiera heredar el negocio. Sus dos hijos, un periodista y un policía, optaron por caminos diferentes, pero él está tranquilo. Trabaja todos los días con la convicción de que lo que hace se hace bien. Su legado reposa en cada tejido.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

14

UN SOMBRERO DE PESO



Alba Beltrán creció en Gachantivá rodeada de la fibra del palmicho, una palma con la que su mamá y su abuela tejían el tradicional sombrero de tapia pisada. A los seis años aprendió a hacer trenzas con fique y palmicho, pero fue hasta los veinte que hizo su primer sombrero. Después de tantos años observando las manos de su madre, tenía que lograrlo. Sin pedir ninguna instrucción, se lanzó a elaborarlo. Alba hizo y deshizo la estructura de la pieza unas cincuenta veces hasta que el sombrero quedó casi perfecto.

En ese momento fue consciente del cariño y el respeto que sentía por el oficio y decidió hacer de la tejeduría su camino.

Dedicarse al sombrero implicaba recorrer las montañas de Boyacá para recolectar la palma, extraer la fibra, cocinarla con agua y dejarla secar bajo techo durante veinte días. El proceso de secado es el más riguroso. Hay que voltear la fibra diariamente y verificar que todo esté seco, pues una sola hoja húmeda puede llenar de hongos la fibra y echar a perder toda la producción. Cuando el palmicho está listo se raja para sacar tiras de la fibra con las que se tejen, durante ocho días, trenzas delgadas y gruesas. Con las trenzas y la ayuda de una aguja se cosen sombreros de

diferentes tamaños. Para el estándar Alba utiliza entre veinticinco y treinta metros de trenza y, para el de ala más grande, hasta cuarenta.

Antiguamente el sombrero era muy pesado, pues el ala se hacía con una varilla muy gruesa del palmicho. Alba cuenta que la pieza no era funcional y que la gente la utilizaba para defenderse y matar gallinas y conejos. Por eso ahora el sombrero se hace con trenzas un poco más gruesas y se utilizan solo dos varillas pequeñas para el ala, lo que lo hace más liviano y duradero. Además, Alba asegura que el sombrero tiene propiedades curativas, ya que el cogollo de la palma está lleno de vitaminas que ayudan a sanar el dolor de cabeza y la migraña. Ella, que antes sufría de dolores de cabeza, sostiene que se curó gracias al sombrero, por eso ahora nunca se lo quita.

A los 55 años, Alba trabaja todos los días con la ayuda de sus tres hijos: una mujer de 37 años, que domina el arte de las trenzas, y dos hombres, de 23 y 21, que están aprendiendo los secretos del oficio. Todo lo vende en su casa y trabaja por encargo para clientes de Colombia, Chile, México, Estados Unidos y Australia.

Alba quiere mantener la tradición que encierra el sombrero de tapia pisada, por eso se ha dedicado a dar clases en el colegio de Gachantivá y a las jóvenes que la buscan para que les transmita el conocimiento. También se unió a una cooperativa de Boyacá, de la que hacen parte dieciocho artesanos, tejedores y cultivadores de mora de Ráquira, Villa de Leyva, Tinjacá, Santa Sofía y Gachantivá. El objetivo es promocionar el turismo del departamento a través de las artesanías y atraer a posibles artesanos que quieran aprender el oficio. Según ella, solo se necesita interés y amor para poder dedicarse a la artesanía.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

15. LA VIDA EN UNA RUANA

A los diecinueve años, **Héctor Miguel Hernández** decidió que quería aprender a tejer. El oficio no le era del todo desconocido, pues creció viendo a su madre escarmentar la lana, lavarla e hilarla para luego venderla a tejedores que hacían ruanas y cobijas. Pero él quería ir más allá. Desde que vio y conoció el funcionamiento de un telar supo que ese era su camino. En 1984 arrancó como aprendiz en el taller de Emilio Vargas, un tradicional tejedor del municipio de Ciénega, Boyacá, que le enseñó a trabajar en telar horizontal. Luego decidió recorrer Nobsa, un pueblo famoso por sus tejidos, para intercambiar saberes con varios artesanos del lugar.

Héctor Miguel aprendió a urdir en una urdidora metálica y conoció la técnica para crear ruanas con doble faz, con capota, con cuello y con diseños ajedrezados o de cuadrículas. Cuando se sintió listo fundó el Taller Artesanías y Tejidos Ovelana en un pequeño local donde instaló dos telares: uno en amarillo comino para hacer las cobijas con diseños de tres líneas o de espina de pescado, y otro en flor morado, que mide dos metros de ancho, en el que teje las ruanas. Desde entonces trabaja de lunes a sábado, de seis de la mañana a seis de la tarde, con la ayuda de un joven asistente y una artesana que teje a dos agujas bufandas y bolsos de lana.

Con orgullo sostiene que cada pieza que sale de su taller es garantía de un trabajo impecable. Por eso vende al detal y solo teje con lana virgen, la cual es cada vez es más difícil de conseguir, pues quedan muy pocas hilanderas en la zona. A veces tiene que ir hasta Paipa y Sogamoso a conseguir su preciada materia prima. Tampoco tiñe, pues le gusta exaltar la tradición y hacer ruanas y cobijas del color natural de la lana: blancas, negras, grises y cafés.

Para Héctor Miguel una buena ruana debe estar bien apretada, con buena urdimbre y bien pisada. Afirma que sus ruanas duran más de quince años y que sus cobijas pueden estar en perfectas condiciones por más de treinta. Sus productos se han vuelto famosos gracias al voz a voz, por eso periódicamente recibe encargos de clientes de Bogotá y de municipios vecinos como Jenesano y Tunja.

A los cincuenta y seis años, es el único tejedor que queda en Ciénega y, aunque ha tratado de motivar a los jóvenes y transmitirles todo lo que sabe del oficio, lo único que ha encontrado es desinterés. Pero Héctor Miguel no pierde la fe, está seguro de que con ayuda de la gobernación va a hallar el camino para dictar cursos y talleres que atraigan a nuevas generaciones a la tejeduría. Mientras tanto, él continúa enfocado en un oficio que ama. Asegura que tejiendo ruanas se entrega cada día a la magia de la vida.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



ARTÍFICES No. 12. Especial Boyacá

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Frés Martínez

Jefe Oficina Asesora de Planeación e Información

María Mercedes Sánchez Gil

Subgerente de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Jimena Puyo Posada

Especialista Oficina Asesora de Planeación e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Profesional de Gestión Subgerencia de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Nydia Castellanos Gasca

Comité editorial

Nydia Castellanos Gasca

Ángela María Martínez Bernal

Rosnery Pineda Cubides

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía

Iván Ortiz

Preprensa

LDG Studio Design

Nota aclaratoria:

Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Carrea 2 No. 18 A -58

www.artesaniasdecolombia.com.co

Printed in Colombia

GOBERNACIÓN DE BOYACÁ

Gobernador de Boyacá

Carlos Andrés Amaya Rodríguez

Gestora Social

Daniela Assis Fierro

Secretario de Cultura y Patrimonio

Luis Eduardo Ruíz Peña

Gerente Fondo Mixto de Cultura de Boyacá

Jorge Enrique Pinzón Mateus

Gerente administrativo FIC 2019

Maurix Benítez Ibagué

Coordinador Artístico

Carlos Eduardo Vargas Contreras

Coordinadora Patrimonio Cultural

Ángela María Martínez Bernal

Catalogación en la *Publicación Artesanías de Colombia*

Artífices 12 : Boyacá /

Artesanías de Colombia. -- Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . --

No. 1 (2014)-No. 12 (Especial Boyacá) (2019).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos -- Colombia -- Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo

artesanal -- Colombia -- Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales

-- Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio,

Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5-dc23

JMCH/CERV/CENDAR